

032. Las palomas

¿Podemos hablar de la inocencia de los niños, que arrancó a Jesús aquel grito cuyos ecos no se apagan nunca: *dejad que los niños vengan a mí?*... Pues, sí. Vamos a hablar de esa inocencia y de la inocencia nuestra, de la que nos corresponde a nosotros como mayores. Todo me lo ha sugerido el principio de un artículo que he leído en una revista, y que me permito traer aquí con el supuesto permiso del generoso autor, al que desde ahora doy las gracias por su preciosa sugerencia.

* Quisiera transmitirles a ustedes la sonrisa de mis labios, la complacencia de mis ojos y la alegría de todo mi semblante, que experimenté al emborronar las primeras líneas de este artículo para nuestra revista. Porque no lo hice en la mesa de mi cuarto, sino en la banca de piedra de un gran parque, mientras me llegaba la hora de tomar el bus.

A mi derecha, y dominándolo todo, estaba la mole de una gran iglesia; y, a la izquierda, se gozaba del sol ya casi poniente, que inundaba de luz, de paz, de amor y de piedad sentida aquel bello atardecer.

Centenares y centenares de palomas se paseaban por el piso empedrado o revoloteaban por el aire. Hasta que una niña encantadora, de unos tres añitos, se arrancaba de las rodillas de su madre y comenzaba a esparcir las migajas de pan de que ya venía provista.

No se necesita mucha imaginación para figurarse el espectáculo.

Todas las innumerables palomas se arremolinaron de repente en un reducido espacio, y pronto se sumaron unos seis o siete niños más, con las bolsas de migas que fueron a comprar. Y allí jugaban juntos niños y palomas, sin que les asomaran las ganas de acabar ni a los unos ni a las otras... *

Ha valido la pena la descripción algo larga de una escena que todos hemos contemplado mil veces, y no sólo el autor del artículo.

Pero ahora queremos penetrar en el sentido profundo que esconden estos hechos tan deliciosos de la naturaleza. Los vemos, y no solemos discurrir sobre ellos.

¡Qué bien que se casan —podemos pensar— el candor del niño y la paz de la paloma! Esa paz y ese candor, que, cuando los sabemos vivir los mayores, son la luz suave de un sol tibio y una caricia de Dios...

Inocencia y paz. Dos palabras que debieran resumir —como el de los niños y las palomas— todo nuestro quehacer diario.

Inocencia, que es lo mismo que decir: incapacidad de hacer el mal. Dejamos de ser niños inocentes cuando crecemos y empezamos a obrar lo que no debemos.

Y entonces precisamente comienza también la tragedia de la pérdida de la paz, que no anida en el corazón desviado.

¿Diremos, sin embargo, que una persona mayor es incapaz de conservarse inocente, y, por lo mismo, que no puede gozar tampoco de una paz profunda?

Esto no lo podemos decir en modo alguno. Jesús nos propone al niño como ejemplo que los mayores hemos de imitar, para vivir a plenitud el Reino de Dios. Lo que el niño hace espontáneamente por su edad, nosotros los mayores lo hacemos por virtud.

Tenemos en la Historia de la Iglesia un hecho famoso.

Escolástica vivía su consagración a Dios en un convento cercano al primer monasterio fundado por su hermano, el gran **San Benito**. Y Benito estaba aquella tarde contemplando el cielo hacia donde se levantaba el convento de su santa hermana. De repente, ve cómo sale por una de las ventanas una paloma blanquísima, que se remontaba hacia las alturas, hasta desaparecer en lo más profundo del cielo.

El gran Papa San Gregorio Magno, antes monje benedictino, al contarnos este hecho tan tierno y conmovedor, hace este autorizado comentario:

- *Dios lo hizo así para demostrar la vida inocente de aquella mujer singular.*

La inocencia de Escolástica —decimos nosotros—, y la nuestra también.

Porque también nosotros, los mayores, podemos y queremos ser inocentes.

Pues no se trata de no conocer el mal, sino de no hacerlo.

O, una vez hecho, nos sabemos volver a ese Dios que es capaz de hacer de nosotros una nueva creación, cuando echamos de nosotros las tinieblas procaces y nos vestimos de la luz inocente...

Esto nos trae al pensamiento lo que significa en la doctrina cristiana el *perdón de los pecados*. Lo confesamos en el Credo como una de las verdades fundamentales de la revelación de Dios.

El hombre puede cometer las culpas más graves que le pasan por la imaginación. Si en un momento feliz tiene la decisión de soltar un *¡Perdón, Dios mío!*, salido de lo más hondo del corazón..., de todo el montón de disparates que ha podido realizar no queda nada, ni rastro... En un instante ha desaparecido todo y la inocencia vuelve a brillar esplendorosa en cielo de su alma...

La omnipotencia de Dios llega a devolver la inocencia, y con la inocencia la paz, hasta a las personas que más se alejaron. Es la fe que profesamos, cuando decimos: *Creo en el perdón de los pecados*, lo cual no es en Dios un simple olvidar algo, sino un hacer desaparecer todo el mal por completo.

Dios se muestra grande en todo, y más que nada en el perdón de las culpas. Eso de que nosotros los mayores lleguemos a tener la inocencia de los niños, eso... no es lo más pequeño que hace Dios.

Esto es lo que he pensado al leer en la revista el artículo que nos describe aquel atardecer, mientras los niños del parque seguían jugando con sus amigas las palomas, cuando el sol empezaba a esconderse plácidamente detrás de los tejados, y la torre de la iglesia permanecía inmóvil señalando el cielo...